

Viajes y retornos de una y otra parte

Carlos Moya
Josechu V. Mazariegos

Las grandes transformaciones que se vienen produciendo en la sociedad española, afectan a la configuración de sus espacios, disolviendo viejas barreras en las que la ruralidad tradicional ha estado confinada. A la vez, nuevas formas de sociabilidad y de conflicto van apareciendo en los espacios sociales definitivamente unificados por el mercado.

En este contexto, la sociología rural no puede renunciar a contrastar con pensadores de la ciudad, como es el caso de Carlos Moya, desde la reflexión abierta que permite la entrevista, el diálogo desembarazado de guiones previos, aquellos principales procesos a través de los que se perfila un nuevo orden espacial en la sociedad democrática de mercado. La detección de las principales transformaciones, su significado y alcance, las nuevas formas de habitar el campo desde la experiencia metropolitana, los frenos a la comprensión política de la sociedad rural ingresando en la complejidad de lo social en mutación, son aspectos que aparecen desde supuestos y actuaciones concretas sobre el territorio de los pueblos de España.

El papel de la sociología y de los sociólogos en el enjuiciamiento y estudio de estos multiplicados procesos que emergen fuera de los asentamientos mayores, debe estimular la comprensión global de la complejidad de una sociedad insertada en el proceso de mercantilización desde diferentes contextos de etnoterritorialidad.

Estas son las razones que ha mantenido «Política y Sociedad» al acoger en sus páginas la siguiente entrevista, en este segundo número dedicado a «Las transformaciones de lo rural en la sociedad itinerante».

Josechu—Pues, como te decía, me encontré como profesor de sociología rural, pero no conocía a fondo ningún pueblo, esto es, no tenía las vivencias de esa enmadrada interacción social que se produce en las pequeñas comunidades, estando «atrapado» tú mismo en esta red. ¡Fíjate que yo había estado trabajando en París en sociología urbana! Entonces, por avatares familiares, tuve la oportunidad de incrustarme en un pueblo murciano en el que empezamos cuatro amigos, dos eran de allí, poniendo 50 cabras cada uno—hace ya once años— y esperando a ver qué juego, qué respuesta podría tener aquello: en un contexto de arboricultura amenazada por sequías, heladas, pedrisco... apostamos por animales pequeños, rústicos, adaptables a lo mejor y a lo peor, productores de leche como ninguna vaca podrá competir en calidad y



«El progreso Americano», John Gast, 1872.

cantidad en relación con su propio peso, grandes reconvertidoras en leche de pastos marginales y de todo otro tipo de desechos de la industria agroalimentaria, en fin, grandes paridoras y por tanto productoras de carne, ¡Y además ofrecen una gama de productos «raros» en un mercado saturado también de productos ganaderos como es el de la C.E.! Con ello formamos una SAT en el pueblo y después nos integramos en una cooperativa de casi 300 caberos, en Lorca, casi todos ellos a tiempo parcial, cooperativa que se ha acabado convirtiendo, como Torrejón para los americanos en la guerra del Golfo, en una base de suministro, en este caso, para las industrias lácteas importantes que necesitan regular sus demandas de leche de cabra (en muchos casos para fabricar quesos de oveja ¡chssst!). De este modo, el precio del litro de leche llegó a bajar en el 89 a 35 ptas. Y nosotros resistiendo..., creyendo que por primera vez podía ser posible que los caberos empezaran a transformar ellos mismos lo que producían. Nada, al incrustarse nuevas formas del viejo caciquismo en el cooperativismo, éste acaba maniatado, como así ha sido.

Carlos—¿A cuántos kms está este pueblo de Caravaca?

J.—A unos 15 kms, a 5 de Calasparra y a 10 de Cehegín.

C.—¿Cómo se llama el pueblillo?

J.—Se llama Valentín. Fue un pueblo colectivizado en la Guerra Civil. Tú sabes que en el área de Levante las colectivizaciones libertarias tuvieron un auge impresionante. Desgraciadamente, la purga que se produjo posteriormente, y casi veinte años después la emigración a Cataluña y también a Bernidorm-Villajoyosa, diezmó la comunidad en sus mejores efectivos, convirtiéndose en un pueblo «difícil». Todo ese enviscamiento que tiene el labrador, que nunca sabes en el fondo lo que piensa, que le conviertes en un hombre «acorazado»: conquistas, tributos, dominaciones de todo tipo, encuentran su huella allí, tierra de bereberes, de moriscos y de órdenes militares, ¡uff!

C.—Y luego, además la cerrazón frente a cada uno de sus vecinos. Una cosa son los tres o cuatro amigos, con los que se toma unos vinos o se juega al chamelo, y otra cosa son los demás. Y luego —además— los negocios particulares de cada cual, que cuanto menos se enteren los otros, más seguros se tienen.

¿Qué población hay ahora en Valentín?

J.—Poco menos de mil almas —qué expresivo contar la población por almas—, incluyendo los barrios en diseminado. Además, el límite municipal

pasa por la mitad del pueblo. Hay gente que dice que come en Cehegín y se echa a dormir en Calasparra.

C.—El alcalde, ¿cuántos años tiene?

J.—Los dos son jóvenes socialistas. El de Calasparra tiene veintiocho años y el de Cehegín unos diez más. Están llenos de proyectos de modernización para sus pueblos. Como muestra de ello, Cehegín está apostando, a partir de la creación de una Escuela-Taller hace tres años, por recuperar el gran patrimonio colectivo que es su casco histórico.

Calasparra ha dado agrícolamente un giro impresionante con el arroz integral, conectando el pueblo con circuitos internacionales de consumo de productos ecológicos, sobre todo con los países del norte de la C.E. Este es el sendero que yo creo que hay que seguir para explotar la cabra murciana, a partir del queso artesanalmente producido.

C.—Producciones agropecuarias limitadas, pero de calidad y eventualmente con etiqueta de origen.

J.—Claro, claro. Aparte de que ello ayudaría a resolver el rechazo a la tierra y al ganado que tienen muchos jóvenes, como actividad «primitiva». Esta cultura «salarial» y de fin de semana libre que viene de la ciudad y se asimila indiscriminadamente en el campo, deberá ir desapareciendo al valorar la autonomía y los tiempos largos de inactividad productiva que el campo permite o, con el ganado, las formas de organización posible, que permitan un relevo temporal en la actividad. Esa animadversión, también puede desaparecer cuando el agricultor o el ganadero se vea con fuerzas para desarrollar sus conocimientos, sus iniciativas, organizado con sus colegas para crear un producto «identificable» y de calidad, y sepa que eso le es reconocido por el mercado, en vez de genéricamente estar labrando la tierra, poniendo igual patatas que forraje, árboles que remolacha. Ahí se produce un salto hacia la profesionalización y también el reconocimiento social que merece cualquier especialista. De hecho, fíjate tú con la rapidez con la que se introduce el mono de vestir en los agricultores, como expresión de una modernización que viene por el control de la técnica y por su conexión con el mercado.

C.—Vamos a hablar más fuerte, para que la cinta registre con precisión. Como afortunadamente ningún urbanícola potente nos persigue en estos momentos, podemos hablar tranquilamente.

¿Has visto qué significativo? En el momento en que vas a decir algo interesante el tono se baja casi al nivel de la confidencia, muy bajito, no vaya a ser que lo oigan los de la mesa de enfrente o los de la casa de al lado... En los pueblos, ¿qué cuidado se tiene con

eso! ¡chsss...! En el momento en que se va a hablar de algo importante, lo primero que se cuida es que las ventanas estén cerradas para que, hacia la calle ninguno que pase o ningún vecino que esté mirando desde la otra casa, se entere.

J.—Como dice P. Rambaud, el gran ruralista francés recientemente fallecido, en el campo se es antes familia que individuo.

C.—Mejor dicho, la forma en que se es individuo absolutamente seguro es como miembro de la propia familia.

J.—Cualquier fisura en el grupo familiar que pueda ser visible a los otros representa un principio de vulnerabilidad en la defensa de los intereses comunes, que se manifiestan, se han manifestado de modo plausible también en las alianzas matrimoniales. Habría que hacer algún estudio sobre la endogamia «forzada», sobre las estrategias matrimoniales como pactos de familias, a través de entrevistas a mujeres y varones por encima de los treinta y cinco. ¡Esto sí que está vivo!

C.—Yo creo que uno de los factores estratégicos para la emigración de la gente de los pueblos ha sido el terror a no casarse o a tener que casarse en la línea de la endogamia, que cada vez dejaba menos alternativas en el momento en que dejó de funcionar el viejo sistema. Cuando los pueblos estaban realmente vivos, cuando la mayoría de sus gentes vivían allí, el mercado matrimonial era, no el de cada pueblo, sino redes de pueblos cuyos mozos y mozas iban a las fiestas de cada uno de ellos. Eso empezó a hacer crisis con la emigración hacia el exterior en busca de trabajo, de los que hasta entonces eran simples peones. Me estoy refiriendo a los pueblos del norte de Castilla, que es lo que yo conozco un poco. Hasta entonces, habían trabajado para los labradores del lugar que tenían una hacienda mayor dentro de un sistema generalizado de minifundio, en el que las fincas mayores podían llegar hasta las veinte fanegas de tierra y el patrimonio de los más ricos era siempre una desperdigada colección de viñas y piezas de cereal, repartidas por toda la jurisdicción municipal, cuando no encastradas en la jurisdicción de los pueblos inmediatos. Era el tiempo de los carros y de las mulas, en que los más ricos tenían además un caballo o una yegua que enganchaban a una tartana que entonces hacía el «papel actual» de los coches para trasladarse con la familia de visita a otro pueblo o de compras a la pequeña ciudad cabecera comercial. Hacia el comienzo de los años cincuenta empezaron a emigrar los que hasta entonces habían trabajado como peones. Hacia Bilbao, que está a un poco

más de 100 kilómetros, o hacia Vitoria, a unos cuarenta. A partir de ese momento, comienza el problema del aburrimiento, del irse cerrando el horizonte local en lo que se refiere a las posibles relaciones de noviazgos y a las tradicionales pandillas y peñas de mozos y mozas. Progresivamente el horizonte del posible trabajo y vida en la ciudad se irá imponiendo, a la paulatina implosión de las expectativas locales.

J.—Quizá el movimiento más sorprendente en ese sentido es el de las mujeres...

C.—Sí, sí, claro. Estas eran las que, incluso viviendo en el pueblo, ya no querían en absoluto ser novias de ninguno de los vecinos del pueblo. Querían, a ser posible, irse a vivir fuera y seguir teniendo el pueblo para las fiestas y las vacaciones.

J.—La sociología no ha pensado en el mundo rural...

C.—En su tiempo, Víctor Pérez Díaz hizo estudios interesantes. Pero en general, la mayoría de los sociólogos actuales, en nuestro país, procuran evitar el peligroso riesgo de pensar. De lo que se trata es de aplicar modelos estereotipados y pseudoteorías, con alguna hipótesis «ad hoc», para investigar obviedades, con máxima precisión contable, paraestadística. Eso es lo que interesa a sus clientes y lo que realmente vende. Afortunadamente los antropólogos han hecho un trabajo considerable sobre la España rural. Baste recordar a Julio Caro Baroja y a Carmelo Lisón.

J.—Yo también quisiera recordar a Alfonso Orti. Nos ha desmenuzado el «síndrome agrario» de este país, desde Costa hasta hoy, con la lenta agonía del campesinado. A mí me ha enseñado mucho.

C.—Alguna vez se publicará ese tremendo estudio de Alfonso. Fíjate que digo «se publicará» para evitar cualquier aguijón a distancia sobre la voluntad de su autor.

Desde hace unos cuantos años, más de diez, pienso muy críticamente en esto que seguimos llamando «sociología» y en su interpretación académica y empresarial como «investigación sociológica empírica». Casi siempre no es sino mera auscultación repetitiva de los banales tópicos sobre los que se articula idealmente esto de la «modernidad»: clases sociales, espectro electoral, tipos de consumo, modas de opinión, y el resto de estereotipos funcionando por ahí.

Casi todas estas investigaciones se quedan en esa inmediatez superficial cuyos mecanismos más profundos necesariamente quedan velados, pues para descubrirlos hay que recurrir a instrumentos analíticos de la antropología, de la semiótica... Y a ese recurso capital, que es la propia capacidad de pensa-

miento y reflexión. En este sentido, creo un disparate el que se haga esta división académica entre sociología rural y sociología urbana. La única forma en que se entiende lo uno y lo otro, lo rural y lo urbano, es analizando cómo se conectan los mecanismos de cada uno de los polos con los mecanismos del otro polo. Sólo así es posible entender cómo la vieja relación de dominación ciudad-campo y por consiguiente ciudad-pueblos, en nuestro país cambia y se articula en toda suerte de nuevas formas.

En nuestro mundo actual ese tipo de pueblos que todos conocimos en la niñez y hasta en la juventud, es ya un recuerdo. Lo que queda de ese viejo mundo empieza a ser como arqueología en vivo de un tiempo definitivamente acabado. Un tiempo que por otra parte fue la continuidad de la agricultura, la habitación, los poblamientos, la ganadería desde los viejos tiempos de la revolución neolítica hasta este final transición de ahora mismo. Fíjate, por ejemplo, en los aperos de labranza que ha recogido en este catálogo Caro Baroja... las propias construcciones de los hórreos, etc., lo superarcaico que resulta todo esto.

J.—Y por ello su reconversión espectacular: se cuelga el arado de la casa de campo o se lleva el hórreo piedra a piedra al ray-grass del jardín del chalet. O bien, las viviendas trogloditas, reconvertidas en prolongación rústico-lúdica de la casa, como bodega donde recibir amigos...

C.—Recuerdo ahora un pueblecito de Almería, Agua Amarga, un pueblo en el que durante mucho tiempo se construyó muy poco a pesar de estar en la costa. Hubo allí un viejo asentamiento neolítico, con cuevas en el farallón rocoso de la playa, y en el montículo que sigue siendo el asentamiento central, la parte alta del pueblito ese de Agua Amarga. Esas últimas grutas, excavadas y pobladas hace tantos miles de años, se siguen empleando en nuestros días como cochiqueras para tener a los gorrinos.

J.—¿Te has fijado cómo está descendiendo la población activa en la agricultura en España y que a pesar de ello todavía está bien por encima de la mayor parte de los países de la CE? Estos países han reinventado antes que nosotros unas formas sincréticas, unas formas simbióticas de ruralidad que no sólo se basan en la dependencia de una tierra, tierra que además todavía en zonas del sur de este país estaría pendiente de una reforma agraria, como se está viendo ahora con las movilizaciones de jornaleros, que reivindican el reconocimiento de su especialización en la agricultura. Los braceros son partos del latifundio tradicional.

C.—Las llamadas sociedades nacionales, en mu-

chos aspectos, allá donde no ha habido el impacto arrasador, racionalizador, liquidador del urbanismo industrial, de la modernidad capitalista, en sus arquitecturas fundamentales siguen reproduciendo ejes de articulación etnoterritorial muy viejos.

La reforma agraria es la clásica consigna del viejo irredentismo campesino allá donde el tipo de propiedad fue fundamentalmente el latifundio nobiliario, burgués, remodelado con lo de la secularización. Ello se ve en la novela de Delibes, que hizo película Camus: «Los Santos Inocentes».

A mí, uno de los asuntos nacionales, por decirlo así, que me ha interesado últimamente ha sido todo el follón este de las peonadas en Andalucía. Se han hecho patente ahí los tremendos conflictos que puede producir la racionalidad tecnojurídica del poder central, interpretada por jueces estrictos, al ser una lógica abstracta, una tecnopolítica que se proyecta desde las cúpulas occidentales dominantes sobre esos territorios sociales tan singulares, tan concretos. Y cuya específica articulación etnoterritorial es totalmente otra que la propia de las masas de urbanícolas configurando la actualidad dominante. Se trata de que hay una serie de pueblos cuya estrechez de territorio productivo o cuya imposible utilización —habría que verlo en los casos específicos— junto a la falta de conexiones económicas entre esos pueblecitos con los centros desde donde se configuran el mercado y los precios, toda esa situación provoca un follón absoluto. Pues se trata de gente que no tiene trabajo, que su única forma de trabajo es que les den o que les firmen unos meses... porque en ese marco local ellos no tienen ningunas formas específicas de lograr un trabajo productivo, al menos un trabajo parcialmente productivo. Yo me imagino que ahí eventualmente una de las cosas que haría falta sería gentes que se fueran a trabajar una temporada allí para ver cómo diablos se puede encontrar, entre esa gente de esos pueblos sin trabajo, tipos de cosas que hacer y que resulten mínimamente rentables para ellos mismos. Pues por otra parte también está claro que de alguna forma esta gente prefiere seguir viviendo allí antes que irse a proletarizar a las ciudades, donde ya tienen muchísimos parientes y conocidos que no les dan mayor esperanza.

J.—Desde luego, esa es ya una perspectiva cancelada. Ahora bien, yo me pregunto si una consigna que fue pertinente en España, sobre la que se aglutinó una fuerte energía colectiva: «la tierra para el que la trabaja», individualmente o en colectividad, ahora no necesitaría ser reformulada en las zonas frágiles, en

municipios con perfiles críticos, algo así como «el territorio para los que lo ocupan, para los que lo habitan». Claro, eso había que administrarlo con rigor. El gran contrasentido, a mi manera de ver, es querer mantener fórmulas absolutamente desconectadas de lo que es la necesidad de poblar, de favorecer el arraigo, porque estamos en gran medida en un proceso de deterioro demográfico del territorio interior de este país impresionante.

C.—Tremendo, tremendo...

J.—Si esto sigue a la velocidad que llevamos, el rejuvenecimiento de la España rural interior va para largo.

C.—Sí, sí, el espectro del abandono y la saharización.

J.—Esto amenaza con resumirse en tres grandes manchas metropolitanas en el interior, luego la costa, y el resto tierra de nadie. Parece que no es esa la vía a seguir. Entonces, esa ayuda a la permanencia y a la repoblación necesitan hacerse atractivas. Los pueblos necesitan ayudas para reformular la gestión de sus recursos locales, lo que no es fácil partiendo de la concentración de la propiedad en manos ausentes — como en el Sur — como tampoco lo es con el minifundismo del Norte Atlántico desde luego. Ayudas que lleguen a lo local rompiendo su aislamiento. Creo que en este país esta realidad rural no ha querido abordarse. Ahí es donde yo me remito a lo que antes te comentaba. En este país se han abordado cuestiones difíciles que interesaban, pero la reconversión de la ruralidad profunda no ha sido tenida en cuenta y hay que abordarla. Se ha visto relegada, por pertenecer al pasado genealógico, rechazado por vergonzante, de muchos políticos y gestores, definitivamente urbanizados.

C.—Y ese mundo que todos aquellos que han pasado por la Universidad o que se han vuelto urbanícolas teniendo orígenes aldeanos —hijos de labradores, o hijos de terratenientes o hijos de peones—, ese es un mundo que se va perdiendo, quedándose atrás, en la memoria. Un mundo del que progresivamente no se entiende nada, no se sabe nada, nada más que cuando explota así alguna que otra noticia. Si te acuerdas, las huelgas más duras en determinados momentos de la transición fueron las huelgas que plantearon los labradores...

J.—Sí, de Castilla-Duero, Navarra, La Rioja, Cataluña...

C.—Exactamente, todas aquellas movidas de los tractores... Y naturalmente el resultado fue que aquella organización que había entre esas gentes se fue deteriorando absolutamente y todo quedó sumergido

en la cosa de algunas compensaciones económicas y para de contar. El resultado es que, progresivamente, ese tipo de hábitat ecológico, etológico, que de alguna forma era el equilibrio y el contrapeso de la reproducción social del país concentrándose fundamentalmente en las grandes ciudades, se pierde y se queda en experimentos de *neorruralismo* por parte de los urbanícolas desengañados e islotes de resistencia de gente que sigue pegada a su territorio y que naturalmente si los mueves de ahí los conviertes en nadie, en nada.

J.—De muchos lugares se tienen que ir a trabajar fuera, pero su casa sigue estando en el pueblo. Cada vez esto se hace más frecuente bajo modalidades multiplicadas. Del arraigo se pasa a la residencialidad. ¡Qué salto!

Ahora hay también una visión distinta de las cosas, sobre todo en esas nuevas generaciones de ocho años de escolarización obligatoria. Cancelan sus compromisos de linaje con la tierra y con el matrimonio de familias y buscan fundamentalmente, los que no pueden prolongar más sus estudios, un puesto de trabajo o si no una formación profesional adecuada para ellos en la Comarca. Y en infinidad de casos no encuentran ni lo uno ni lo otro. El cortejo nupcial se troca en procesiones de trabajadores de temporada desde el interior —hasta de Extremadura— hacia el litoral mediterráneo. Es otro de los aspectos que denotan, en su tremendo desajuste socio-territorial, que en este país no se ha hecho una política hacia el medio rural. Jurídico-administrativamente, «cada ministerio a su olivo» y políticamente eso no cunde en la transformación de la vida del municipio.

C.—Bueno, yo lo que sí sé de los pueblos del norte es que hay montones de pequeños labradores que ya llevan su hacienda como un segundo trabajo. El trabajo fundamental es el que hacen en una fábrica o en una industria en la ciudad, a 50, 60 o 70 kms del pueblo. El trabajo de la hacienda en el pueblo lo llevan los fines de semana.

J.—Cada vez es más frecuente, pero tiene que haber industria y buenas carreteras. En muchos casos la mujer toma el protagonismo en la explotación y el marido lo toma en la fábrica, como ocurre en la cornisa cantábrica. Claro, ese modelo tiende también a cancelarse.

C.—Ese modelo es en el que está mucha gente de nuestra edad. Yo tengo muchos amigos del pueblo de mi madre que en estos momentos están así. Hace treinta o cuarenta años su padre o su abuelo eran de los medio-ricos allí, teniendo en cuenta que es un

pueblo donde la propiedad está muy repartida, son minifundos... Visto en esta perspectiva de estos últimos cuarenta años, se observa ahí un tremendo proceso de proletarianización. Y a la vez, sobre esa misma proletarianización, un notable aumento del confort material, acompañado de muchísimos problemas.

J.—Problemas de baja calificación, problemas de condiciones duras de trabajo, de precariedad en las prestaciones sociales. Yo me he encontrado con muchas mujeres que se han quedado sin pensión de jubilación después de haber trabajado más de veinticinco años en la industria conservera, al no haber sido dadas de alta.

Por otro lado, este es el contexto, agotado el idilio productivista urbano, en el que florece la economía sumergida. El calzado, el textil y confección, la artesanía manufacturera. Y ahí la más penalizada es la mujer, que se tiene que quedar cerca de la casa.

C.—Yo lo que tengo clarísimo a lo largo de todos estos años, desde la crisis de los años 70 y el boom de los 80, es que en las condiciones actuales de mercado mundial, empresas transnacionales y modernización y reconversión industrial acelerada, lo único que garantiza la solidez nacional de una economía, de cualquier economía nacional, es el mercado sumergido. Aquel tipo de mercado por el que realmente se produce la hipotética redistribución social que hipotéticamente interpretan por arriba los gobiernos. Y allí donde la intensidad de ese mercado paralelo es mínima, lo cual significa que el mercado «ívisible», el mercado explícito, es mínimo también, es donde ocurren problemas como el de las peonadas.

Es que ¡claro!, en muchos de estos sitios se ha pasado en veinte años de una economía de subsistencia basada en una mínima utilización del dinero y muchos intercambios...

J.—Casi trueques.

C.—Casi trueques entre los vecinos de al lado, y la explotación del huerto y la granja familiar... La gente vivía de eso y el dinero funcionaba casi exclusivamente como inversión cuando no había más remedio, cuando había que comprarse el tractor, la parcela de al lado y naturalmente celebrar las fiestas: la del propio pueblo y las fiestas del entorno a las que había que ir para divertirse y demostrar que uno es uno. Ese era el mundo de los años 50, hasta los primeros 60. Los tractores empezaron a entrar en el campo de modo generalizado en esos años. Y ese fue el cambio decisivo. A partir de ahí, ese viejo mundo entró en crisis, definitivamente.

J.—Claro, han visto algo que no se ha presentado

en otros sectores de la economía. Y es que los precios para producir: gas-oil, semillas, abonos, maquinaria, han ido subiendo año tras año y en cambio el precio de los productos finales deteriorándose simultáneamente.

C.—Cuando se dejaron los mulos por los tractores, cada labrador que lo conseguía se sentía feliz porque realmente era un nuevo protagonista del progreso y del salto que iba a dar esa familia económicamente. Se ahorraban peones, trabajo, tiempo, pero eso a la vez era ya la conexión inmediata con el mercado capitalista. A partir de ahí todos los años había que gastarse unos dineros en cosas vinculadas con esta nueva forma de producción, que por otra parte ahorra tanto trabajo y hacía sobrante la vieja «animalia» laboral. En España eso implicará el final de aquel mundo tradicional que en ese momento se despliega en los pueblos con cierto esplendor a nivel de los labradores empresarios, que tractorizan y multiplican su maquinaria: trilladoras, cosechadoras... El viejo mundo rural se irá acabando con aquella movilización de los tractores por toda la geografía española.

J.—Menos en el Sur, que es otra cosa. Y es el mundo que va a dar lugar a través de un malthusianismo férreo al agricultor de calidad, o al trabajador cualificado en agricultura, al profesional de la tierra, con productos y tareas reconocidos. Saturados los mercados de producciones industriales de consumo democrático: pollo sin hueso, cerdo hidratado, leche deslechada... de tráfico de productos bastardos, la gente empieza a optar por cuidarse el cuerpo por dentro, del mismo modo que cada vez frecuenta más la peluquería o el gimnasio. Ahí es donde yo creo que estamos en España en un momento crítico para los agricultores, porque así como Comisiones Obreras representa en la España de los 60 la conciencia de una nueva clase que se afirma en la sociedad industrial, el agricultor para dar ese paso necesita incorporar a su técnica, a su nueva tecnología, una conciencia de profesionalización que le lleve a superar sus viejos prejuicios y recelos a formarse y a asociarse, a decir quién es... qué aporta a la sociedad...

C.—Después de haber sido machacados por el Estado central en el momento de aquellas máximas movilizaciones de tractores en la transición, sepultados bajo toneladas de reglamentaciones, de decretos que articulan la conexión de la producción agropecuaria española en función de los intereses ya establecidos en el Mercado Común. Y así, toda esa renovada cultura rural, la primera oleada de la modernización de la vieja tradición rural que representa

su maquinización generalizada, es la que está desapareciendo ahora.

J.—Hay también movimientos pendulares de protesta en el campo, pero casi siempre vienen de los agricultores. Unas veces son los propietarios del norte y otras los jornaleros del sur. En el rural profundo, el caso de Extremadura es el más lacerante. No se resolverá mientras no se prime el habitar y el aprovechar un espacio frágil como es aquél. En estos momentos su tierra es la que se ha visto más vertiginosamente revalorizada —¡paradoja!— por estar en este tejido rural profundo. ¿Por qué? Porque frente a una producción agrícola irrisoria, su verdadero valor de mercado es como tierra de safari, único territorio casi virgen en que es posible capturar lo que la presión urbanizadora ha ido esquilmando en otros lugares de Europa.

C.—¿Hasta ese punto?

J.—El capital financiero ahí ha encontrado un filón para la inversión suntuaria. Venados, cochinos, perdiz roja, como escenario paleolítico del «cazador de capitales».

C.—Creo que en las áreas de encinas y algarrobos, la bellota y la algarroba fueron una base alimenticia en tales regiones peninsulares, durante milenios y milenios.

J.—Como la mandioca o ñame pueden serlo todavía hoy en aldeas africanas.

C.—Exactamente, exactamente.

J.—Ahí ha habido toda una economía de autosubsistencia que en muchos lugares ha contado con el complemento de actividades propias de sociedades cazadoras y recolectoras. Cuando estas actividades se conectan con el mercado, se disparan el valor de los productos y el precio de la tierra que los cría. Piensa en las setas, caracoles, trufas y un largo etc., además de la caza...

C.—Eventualmente se podría decir que aquello que los marxistas de los 60 y los 70 llaman la tercera revolución o la revolución tecnocientífica —la tercera ola de Tofler— al mundializarse como economía planetaria, con su arrasamiento del planeta humano, produce tales costes en ese viejo tejido etológico-civilizatorio de las culturas humanas habitando, pasando, explotando el planeta, que aquel valor rigurosamente ignorado en estos doscientos años de explotación occidental del planeta, el territorio improductivo comienza a convertirse en uno de los valores más altos, pues encarna la latencia sacral del nuevo mito del cambio de milenio. Ese que subyace a las dramáticas cuestiones actuales: ¿sobrevivirá el planeta?, ¿soportará el planeta su acelerado arrasamiento

ecológico? De esta forma, quizá las nuevas líneas sofisticadas de revalorización de eso mismo, la naturaleza en libertad, implican una creciente información en el imaginario esterofónico de los urbanícolas occidentales sobre los resultados de esta acelerada articulación y explotación tecnopolítica del planeta. Quizás aparecen así toda una multitud de correctivos, una nueva mentalidad capaz de implicar y capitalizar luego movimientos de sensibilidad de masas en las grandes ciudades, que son las devoradoras del planeta: las grandes ciudades y los grandes sistemas de autopistas, espacios del estado y del capital, de ese estado que ya no es el estado español ni el estado americano, sino que es el planeta occidental devorando, domesticando, civilizando y arrasando al resto del planeta humano. Posiblemente la máxima riqueza que tiene en estos momentos este país es que tiene per cápita más km² vacíos que los países del resto de la Comunidad Europea.

J.—En densidad de población está en antepenúltimo lugar, después de Grecia e Irlanda. Lo que pasa es que ese territorio es incapaz de atraer, de arraigar.

C.—Yo creo que lo que se está produciendo, es decir, lo que eventualmente ya se está produciendo insidiosamente —si tuviésemos más información desde dentro de toda una serie de puntos de esos lugares lo veríamos— con el movimiento que tú dices de los neorrurales, son unas nuevas líneas de conexión campo-ciudad donde todas esas cosas se pueden revalorizar y retransformar notablemente funcionando como un recurso etológico inmediato para los urbanícolas saturados de polución atmosférica y degradación urbana. Actualmente creo que la máxima riqueza de cualquier homínida es contar cotidianamente con cielo y horizonte abierto sobre su territorio, la tierra. Eso es algo de lo cual carecemos los urbanícolas hasta el nivel de asfixia más absoluta. Fíjate qué necesidad tenías tú de meterte en ninguna aventura rural como la de las cabras. Aunque, claro, la miseria cotidiana de tu relativamente confortable establecimiento profesional en Madrid como profe de sociología... con esta doble vida que así te montas..., te proporciona el excedente energético pulsional que de otra forma no tendrías para seguir interpretando ya tu papel de «profe» e investigador, aburrido de las únicas cosas que se pueden investigar según los deseos del cliente que necesariamente es tópico y estereotipado.

J.—Bueno, bueno, lo de la Universidad es una cosa vetusta y complicadísima...

C.—De la misma forma que ya casi todos los rurales cuentan con suficiente experiencia urbana,

masas de urbanos tienen también un trocito, una casita en el campo, en el pueblo de su familia, de su parienta. Cuando no se lo han buscado o se lo han encontrado yéndose de vacaciones. Un lugar «otro», que lo sienten como un refugio o un alivio de la pesantez del tráfico al borde del colapso en Madrid, metáfora y realidad inmediata de las multiplicadas tensiones urbanas. Lo que parece claro es que cada vez hay más gente, montones y montones de currantes españoles que tienen un doble ciclo existencial: el de todo el año y el de las fiestas y vacaciones.

J.—En muchos pueblos del Sur, por ejemplo, está la población de invierno que es la población de derecho, los empadronados, y luego está la población de primavera y verano, buen cocktail social entre los que desaparecen para trabajar y los que aparecen para veranear.

C.—Claro, claro, a eso me refiero, a ciclo estacionales. Sobre esta necesidad de naturaleza y espacio abierto se monta uno de los grandes negocios actuales en nuestro territorio para las transnacionales extranjeras. Hay pueblitos de la costa de Málaga y urbanizaciones canarias que ya son comunidades de alemanes, de ingleses, de suecos. Es una muestra de cómo se está transnacionalizando también el viejo tejido social de las costas españolas. Los japoneses ya tienen explorados 3 o 4 sitios donde montar ciudades de ancianos sobre la base de los servicios que puede abastecer el pueblo que haya al lado de donde se construirá eso.

Está claro que estamos asistiendo a la transformación del planeta humano mayor después de aquella que se llamó la Revolución Urbana del neolítico, con la aparición del Estado. Aparición del Estado, revolución urbana del Neolítico e invención de la escritura, son tres dimensiones de lo mismo.

J.—Esos procesos de transnacionalización del territorio presentan un signo convergente desde varias líneas. Fíjate, por ejemplo, todo lo que es la redistribución de la población, la necesidad de acercamiento al mercado entre Sur y Norte y su acoplamiento a partir de la degradación de determinados trabajos, del envejecimiento progresivo de la población occidental. Luego, las transformaciones de las relaciones ciudad-campo con la introducción de éste en los circuitos del mercado y además la recomposición de lo local a través de los nacionalismos que emergen con la formación de unos estados supranacionales y la descomposición de otros. Como es en el caso de la Europa Comunitaria, presumiblemente futura Europa de las Regiones...

C.—Conforme se desterritorializan más las gran-

des arquitecturas tecnopolíticas mundiales, es decir, conforme se hacen más abstractos los estados nacionales—los llamados estados nacionales, que en lugar de ser la sacralización soberana de la Nación-Estado, son ya como macroaparatos tecnopolíticos desde la puesta en valor y conexión con el mercado mundial de sus viejos espacios políticos, progresivamente descafeinados de su vieja sustancia histórica política que antaño se celebró como sagrada historia nacional, decía, frente a ese nivel de abstracción, se resucitan, reinventan y reaniman, a partir de experiencias de peñas y fratrias de mozos, un tipo de solidaridades tribales en el que el territorio propio tiene un valor tan sagrado como la propia corporeidad física de sus partícipes, y es, por lo que otra parte, con lo que emocionalmente la gente se salva del arrasamiento anímico existencial que por otra parte conlleva el estereotipado tratamiento estandarizado de urbanícola metido en el coche y en la tele-video.

J.—De todos modos hay un silencio dramático del mundo rural en la España de hoy.

C.—Es un mundo que progresivamente se va haciendo invisible en nuestra estereofónica actualidad de urbanícolas.

J.—Se va haciendo progresivamente invisible y progresivamente residencial. El trabajo se localiza en otro lado pero se va o se vuelve a casa a dormir. Incluso para los propios autóctonos que se ven obligados a producir, a libar fuera para construirse dentro su nuevo confort familiar como los de fuera, sus parientes emigrados.

C.—Para en las fiestas poder celebrarlas en su pueblo, en su casa, con sus viejos vecinos, con su vieja comunidad. Una de las claves de que la transición política fuese tan pacífica es que eso que se llamó la clase obrera, en España—en cuanto que masivamente contaba todavía con la espalda cubierta por los viajes periódicos que tales gentes hacían a sus pueblos de origen—no eran «proletarios», sino que seguían siendo gente que tenían un «quantum» de identidad local muy fuerte: un suplemento energético absoluto para tener una autoconciencia personal sólida. Esta gente no había roto el vínculo con lo local, lo que les daba mucha más fuerza existencial, les daba fuerza y les salvaba de ser reducidos a pulpa proletarizada.

J.—Yo lo que veo también en el mundo rural es un asalto masificado al confort nunca soñado, a partir de formas multiplicadas de autoexplotación por primera vez remunerada, de acceso directo al consumo y, a pesar de su dureza, vivida satisfactoriamente.

C.—Eso es una clave importante.

J.—Es decir, la figura de, por un lado, el agricultor subvencionado y, por otro lado, el padre pensionado del agricultor y por otro el hijo trabajador temporero o en la construcción, en la hostelería o en actividades de costura la hija, y en faenas del campo también la madre. Todo ello ha hecho que las rentas familiares se multipliquen, y al no depender de la explotación, prolonguen la agonía de muchos agricultores, que como muchos dicen, lo que hacen es cambiar el dinero en el mercado cuando venden sus productos.

C.—Es en este sentido en el que aquello de la «reforma agraria» ya no es sino un gastado ideologema, deglutido por la propia mutación de la sociedad española. Otra cosa es que en el espacio en mutación de lo que anteriormente conocíamos como mundo rural sean localizables áreas deprimidas, bolsas de miseria/incomunicación/marginación. Lugares muy específicos donde haría falta una suerte de «ingeniería social» basada en trabajo de campo sobre la zona. Unos cuantos meses allí, viendo cómo es la región, cómo son las gentes, para reinventarse con esa misma gente la conexión con esos mil canales de circulación visible e invisible del dinero y de la información, que ya abarcan y penetran todo este país.

Lo que la sociología marxiana tradicionalmente llamó «clase obrera», ahora que alcanzó máxima articulación institucional, se ha transformado ya en algo bien distinto: no sólo incluye una pluralidad de estatus ocupacionales con perfiles económico-sociales de clase media, sino que su específica militancia y organización deviene típica ocupación dentro de toda una serie de estratos de las masivas clases nacionales.

J.—Incrustadas en un organigrama de cualificaciones múltiples y graduales que hacen prácticamente imperceptibles otra cosa que las inmediatas diferencias: se han hecho imperceptibles las fronteras.

C.—Marx habló del salto del reino de la necesidad al reino de la libertad. Como en tantas otras ocasiones, los términos del viejo Marx sólo reiteran su posible capacidad analítico-poética allí donde en lugar de postular su canonizado sentido tecno-instrumental se juega libremente con su campo metafórico-analógico. Con esta reserva, se podría decir que, en el marco del planeta occidental ya se está dando «el salto desde el reino de la necesidad al reino de la libertad». Inmediatamente después de «libertad» tendríamos que precisar: «la libertad de la vieja necesidad económica». Pues resultan obvias otras formas distintas de experimentar cotidianamente la dimensión económica de nuestra existencia, la densísima dimensión económica de la vida cotidiana

en nuestro influyente tiempo. Pero cualesquiera que sea la plausible descripción analítica del sistema de determinaciones económicas en nuestros días, advertimos su divergencia radical respecto a lo que fue, para los viejos marxistas, «la necesidad económica» partiendo en dos clases antagónicas las sociedades en proceso de industrialización. En cuanto intentemos un mínima descripción de este alcanzado «reino de la libertad», inmediatamente nos lo encontramos repleto de reglamentos semióticos: profesionales, monetarios, gremiales, residenciales... Una multitud de escenarios donde esa libertad encuentra sus regulables/desregulables límites y así no plantea mayores problemas de gobernación.

Me imagino que la quinta columna urbanícola más peligrosa que aterrizó en el campo español fueron las televisiones. Curioso impacto su masaje estereofónico. Con la reducción del excedente energético-pulsional del trabajo en la vida social cotidiana que te produce el aparato, acontece algo notable: toda ocurrencia un poco singular, un poco imaginaria, un poco crítica, se desvanece mentalmente como una película más que uno en un momento ensoñado, imaginó. Apenas lo mismo que las series que se ven en televisión, que tienen realidad en ese momento e inmediatamente después se te olvidan...

J.—En los pueblos el tractor y también la televisión han sido instrumentos que han consolidado, más que reformulado, los trabajos y los espacios tradicionales separados del hombre y de la mujer. La técnica activa —lo que se manipula— y la técnica pasiva —lo que basta con dar al botón. Pero si bien en un primer momento, para los varones el bar continúa siendo el lugar de charleta y de la partida, viéndose colgada en uno de sus rincones una televisión que antes nadie veía y menos escuchaba, ahora, con mucha mayor frecuencia se ve a esos grupos de varones que no renuncian al café en el bar después de comer o cenar, compartiendo silenciosos esos escenarios de multitud que son los espectáculos deportivos vía satélite. La mujer, la mayor parte de las veces confinada a la casa, en la que cada vez las máquinas trabajan más por ella, ve animada su rutina con cualquier telenovela tipo «Cristal».

C.—Tradicionalmente ha sido la casa el espacio de la mujer y la calle o el campo el espacio del hombre.

O mejor dicho, la casa del pueblo, la vecindad, el callejeo, eso es el espacio específicamente femenino, que es también de los hombres en los días de fiesta. A diario los hombres donde están es en el campo o en los bares.

J.—En otra línea de la reflexión otro de los fenómenos que se empiezan a manifestar también en la agricultura española más dinámica es el progresivo desplazamiento de los jornaleros agrícolas hacia otras actividades menos coyunturales y mejor consideradas socialmente y el empleo para aquellos menesteres de mano de obra extranjera: marroquíes, africanos y sub-saharianos en el Mediterráneo, y también portugueses en el Noroeste, Navarra y La Rioja. Los gitanos ya estaban desde antes.

El trabajo en la agricultura aparece en el fondo como actividad socialmente degradada mientras no se produzca esa modernización que conduce a la producción de calidad con el reconocimiento y valoración del producto en los mercados a través de las etiquetas de calidad o los productos con apelación de origen. En España pienso que se ha pasado del agricultor con un bajo nivel educativo y de nula formación profesional a una generación de jóvenes que siguen viendo en la agricultura una actividad trasnochada. El corte generacional en este sentido ha sido dramático. La difusión de los modos de vida urbanos en el campo ha acabado por disuadir a la mayor parte de los hijos de los agricultores de las posibilidades de reactivar la producción desde los supuestos más esclavos, más duros, a una nueva agricultura más creativa, selectiva, de calidad. Los hijos abandonan el campo y, si prolongan sus estudios, acaban abandonando el pueblo. Esta ausencia de unas nuevas clases medias en los pueblos con mayor conocimiento e iniciativa, gente capaz de poner en práctica una gestión global y renovada de los recursos locales, dificulta la reconversión rural.

Al mismo tiempo los bandazos de la política agraria comunitaria han ido convirtiendo la actividad agrícola en una actividad en la que el presumible beneficio ha dejado paso a un riesgo permanente generado por las tendencias a la baja de los precios de los productos en los mercados agrarios. Las inversiones en la agricultura son, en gran medida, a medio o largo plazo y, además, el recelo de los agricultores a defender colectivamente sus intereses profesionales son dos factores que están incidiendo en el desconcierto y desánimo de este colectivo.

La importancia que en los años 60-70 tuvo la arboricultura, en la confianza de una integración de España en la C.E., se ve desvanecida por acuerdos de esta a la hora de nuestra integración con países terceros en vías de desarrollo o por las conversaciones del GATT. Así ocurre con productos tan representativos como pueden ser el limón, la almendra, el

maíz. La leche de vaca o el vino, el cereal, la remolacha se encuentran a expensas de unas reglamentaciones sobre las que han venido orientando sus explotaciones los empresarios agrícolas franceses, italianos, alemanes, con una larga experiencia de la reglamentación y configuración del mercado europeo.

C.—Porque son los que se han inventado las reglas del juego. En el vino quienes tienen saturado el mercado mundial son los franceses. Lo que habría que decir es que ha habido aquí, hasta ahora, un insuficiente desarrollo de las llamadas redes de comercialización que es la clave de las empresas de alimentación.

J.—Sí, transformación y comercialización sobre los que, además, deberían de incidir más los propios agricultores organizados ya que son las actividades que generan el valor añadido en productos que si se venden simplemente en bruto están devaluados.

C.—Ahora todo productor tiene que ser empresario de lo que produce; si no, va de ala, salvo que tenga un trabajo fijo en una organización que le asegure su establecimiento confortable.

Ten en cuenta que ya uno de los trabajos estratégicos que hacen los agricultores y los demás, los que viven todo el año en cada uno de los pueblitos, es que aseguran la conservación y el periódico disfruta de ese territorio a todos los urbanícolas, que así, por otra parte, aportan de una forma intermitente una masa monetaria en lo local.

J.—Pero ahí es donde por ejemplo es preciso ordenar políticamente el territorio y diseñar planteamientos de las posibilidades, de las potencialidades que puede tener el medio rural como centro de atracción, de cultura, memoria, de regeneración de una identidad deteriorada, de símbolos de tradición, de paisaje culto, de paisaje inexplorado, es decir, todo este tipo de cosas.

C.—Esas son las que progresivamente se están poniendo en valor ahora.

J.—Claro, porque además, potencian la circulación y, por tanto, potencian los mercados locales. Eso es capaz de atraer a la población urbana que busca estos circuitos de quietud, tranquilidad, de paisaje oculto y fantástico. El patrimonio histórico-cultural y paisajístico del medio rural en este país es de una enorme riqueza. Aquí no hay que recurrir al turismo rural en casa de labranza tipo austríaco en plan verano dulzón. Además, se da una interconexión fácil entre la costa y el interior, lo que permitirá enriquecer esas vacaciones «de panza bronceada» de tanta gente.

Otro fenómeno impresionante en el cambio rural es el de la proliferación de las discotecas como nuevas cuevas sacralizadas del intercambio rupturista de la juventud rural.

C.—Sí, los pueblos que tienen discotecas son los nuevos centros comarcales de esa región.

J.—Es la subvención de la bodega, también subterránea pero que era exclusivamente masculina, restringida a las fratrias locales y lugar de conservación y envejecimiento de los saberes hechos productos tradicionales. La discoteca se presenta como un fermento de renovación explosiva de moda en la que se van borrando las fronteras de la comunicación sexual, que se ve servida por un nutrido público juvenil que de viernes a domingo se dan cita desde 30 a 40 km. A través de ellas se ha difundido ese modelo de joven rural por un lado arraigado y por otro lado conectado con los decibelios de consumo urbano.

C.—La primera oleada de cambio fue la del tractor, la segunda fue la del coche. La del coche y la del televisor, además, fueron parejas.

J.—Son instrumentos de conexión básicos de una sociedad como la rural, caracterizada, en gran medi-

da, por su marginalidad espacial, por sus problemas de accesibilidad.

C.—Los dos grandes conectores de la democracia industrial de masas son el coche y la tele, que naturalmente son dos grandes desconectores a la vez. Donde prestan su máxima utilidad es en los pueblos. En las ciudades, en cambio, hay una hipersaturación que lo que produce es reducir el excedente energético de los urbanícolas.

J.—En ese sentido el video también donde más luce es en los pueblos por la carencia de equipamientos de ocio como cines, teatros, etc.

C.—Con lo bien que ellos tenían montado el ocio desde siglos: los rituales aquellos fantásticos entre el bar, la bodega, las ermitas, las eras...

J.—El monte, el río, la chopera o el pinar, las cuevas, los asados, paellas, guisos y peroles...

C.—La gente de los pueblos son los únicos mortales que todavía pueden seguir viviendo con el ritmo de las estaciones.

Me imagino que en el flujo ciudad-campo, el urbanícola que necesita neorruralizar un «quantum» de su existencia, va a seguir aumentando geométricamente.

